

MATEO 13,44-58

⁴⁴ –El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo: lo descubre un hombre, lo vuelve a esconder y, todo contento, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo. ⁴⁵ El reino de los cielos se parece a un mercader en busca de perlas finas: ⁴⁶ al descubrir una de gran valor, va, vende todas sus posesiones y la compra. ⁴⁷ El reino de los cielos se parece a una red echada al mar, que atrapa peces de toda especie. ⁴⁸ Cuando se llena, la sacan a la orilla, se sientan, reúnen los buenos en cestas y los que no valen los tiran. ⁴⁹ Así sucederá al fin del mundo: vendrán los ángeles y separarán a los malos de los justos ⁵⁰ y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ⁵¹ ¿Lo habéis entendido todo?

Le respondieron que sí, ⁵² y él les dijo:

–Pues bien, un escriba instruido en el reino de los cielos se parece a un amo de casa, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

⁵³ Cuando Jesús terminó estas parábolas, se marchó de allí, ⁵⁴ se dirigió a su ciudad y se puso a enseñarles en su sinagoga. Ellos preguntaban asombrados:

–¿De dónde saca éste su saber y sus milagros? ⁵⁵ ¿No es éste el hijo del artesano?, ¿no se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ⁵⁶ Y sus hermanas, ¿no viven entre nosotros? ¿De dónde saca todo esto?

⁵⁷ Y lo sentían como un obstáculo. Jesús les dijo:

–A un profeta lo desprecian sólo en su patria y en su casa.

⁵⁸ Y, por su incredulidad, no hizo allí muchos milagros.

Cuando leas

- Fíjate en que estamos en la parte final del llamado “discurso en parábolas” (13,1-52), el tercero que estructura el evangelio de Mateo, compuesto por siete parábolas (y algunas explicaciones, como la del grano que cae en diversos terrenos). Los vv. 53-58 reúnen materiales que constituyen el punto culminante del ministerio galileo.
- Observa que las tres parábolas que se narran en el pasaje de hoy son exclusivas de Mateo (no así los vv. 53-58, recogidos de Mc 6,2-6).
 - o Las dos primeras (la del tesoro y la de la perla) hacen hincapié en el valor del reino de los cielos: se vende todo por conseguirlo. En la del tesoro hay que fijarse especialmente en el “todo contento” (*apo jaras*: “por la alegría” o “lleno de alegría”).
 - o Los tesoros y las perlas de gran valor (en la antigüedad eran incluso más preciosas que los diamantes) pertenecen a la imaginación popular de Oriente.
 - o La parábola de la red barredera (muy parecida a la de la cizaña, 13,24-30.36-43) pone el énfasis en la universalidad del reino (“peces de toda especie”) y en el juicio escatológico o final, cuando se lleve a cabo la selección (transformando así a los ángeles segadores de aquel texto en ángeles pescadores, como a los primeros discípulos en 4,19).
- Repara en algunos detalles interesantes del texto:
 - o El pasaje empieza y acaba con una alusión al “tesoro” (aunque el segundo “tesoro” suele traducirse más bien por “alacena”, “arcón”, etc.).
 - o En el v. 48 se emplea el verbo “reunir” (*synago*), emparentado con “sinagoga” (*synagogé*); Mateo es el evangelista que más lo utiliza: 24 veces.
 - o En el v. 51, el “entender” (*syníemi*) hace referencia al “entendimiento” de 13,13 (con la cita posterior de Is 6,9-10): sólo los discípulos pueden comprender en toda su hondura los misterios del reino.
 - o En el v. 52, el escriba “instruido” (*matheteutheis*) es el escriba “discípulo [*mathetés*] de” o “formado en”. Podría referirse a las enseñanzas antiguas o nuevas a las que el escriba cristiano (¿el propio Mateo?) podrá recurrir.

Cuando medites

- Reflexiona sobre el valor que concedes al reino de los cielos que te ofrece Jesús. ¿Realmente es un tesoro para ti? ¿Verdaderamente pones en venta todo lo que posees para poder acceder a él? ¿Lo haces con la alegría del hombre de la parábola que encuentra el tesoro? (porque, sin esa alegría, el tesoro no sería tal, o por lo menos ya que no merecería la pena vender todas nuestras posesiones).
- Piensa en las palabras que Jesús dirige a sus discípulos: “¿Lo habéis entendido todo?” ¿Qué le puedes contestar tú? ¿Realmente puedes decir que has comprendido los misterios del reino de los cielos que desvelan las parábolas? (Cuando hablamos de “comprender” o de “entender” no nos referimos prioritariamente a la capacidad intelectual, sino al corazón, que es el órgano facultado para rastrear convenientemente –como la red barreada– las profundidades del reino de los cielos o del corazón de Dios, que viene a ser lo mismo.)
- Recuerda que Mateo es el más judío de todos los evangelistas, por eso concibe al discípulo cristiano como un escriba docto en el reino de los cielos. Tan docto que es capaz de recurrir tanto a las enseñanzas tradicionales (lo antiguo) como a las actualizaciones (lo nuevo) que puede hacer cuando la situación lo requiera. Puedes meditar a propósito del grado de libertad con que consideras las tradiciones que has recibido. Y piensa en esta frase: “La tradición es la preservación el fuego, no la adoración de la ceniza” (G. Mahler).

Cuando ores

- Da gracias a Dios por Jesús, verdadero tesoro de nuestras vidas y perla de incalculable valor por la que merece la pena empeñar toda nuestra existencia.
- Pídele al Señor de la vida que nos ayude a vivir como verdaderos discípulos de su Hijo Jesucristo y nos encuentre al final dignos de ser contados entre los “peces buenos” y no entre los que son tirados nuevamente al mar (símbolo bíblico del mal por excelencia; recuerda que, conforme a la visión del Apocalipsis, en la Jerusalén celestial no habrá mar: “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya” [Ap 21,1]).
- Alaba al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, porque, como un paciente pescador, sale todos los días en su barca y echa al agua la red de su amor, dándonos la oportunidad de quedar atrapados en esa maravillosa malla.

Podemos acabar nuestra oración con un fragmento de una composición llamada *Himno sobre la perla*, obra del diácono y poeta san Efrén de Nísibe (o de Edesa, o de Siria) (306-373).

Coloqué [la perla], hermanos, en la palma de mi mano
para poder examinarla.
La observé por todos los lados:
tenía el mismo aspecto desde todos los lados.
Así es la búsqueda del Hijo, inescrutable,
pues es absolutamente luminosa.
En su limpidez vi al Límpido,
que no se opaca;
en su pureza vi el símbolo
del cuerpo de nuestro Señor,
que es puro.
En su carácter indivisible vi la verdad,
que es indivisible (*Himno sobre la perla* 1,2-3).